

EL ESPACIO DEL PAISAJE Y SU DINÁMICA ATENCIONAL Y ATMOSFÉRICA. UNA PROPUESTA FENOMENOLÓGICA*

THE SPACE OF LANDSCAPE AND ITS ATTENTIONAL AND ATMOSPHERIC DYNAMICS. A PHENOMENOLOGICAL PROPOSAL

Patricio MENA
Universidad de La Frontera
patricio.mena.m@ufrontera.cl

RESUMEN: El siguiente texto se propone describir fenomenológicamente el modo de donación del espacio del paisaje y su dinámica atencional y atmosférica que compromete. Es así que el paisaje pareciera darse de un modo no objetivo, siendo entonces que su presentación debe distinguirse claramente de la de los objetos dados intencionalmente, así como también de otros modos de presentación. De este modo, centraremos nuestros análisis, en un primer lugar, en un examen del modo como la atención es exigida por el paisaje, para distinguirla de la atención cuyo interés pragmático nos orienta en el mundo; en segundo lugar, examinaremos la dimensión atmosférica que pone en juego y a partir de la cual se relevará su carácter no-objetivo, envolvente y perimétrico.

PALABRAS CLAVE: espacio del paisaje, dinámica atencional y atmosférica, prominencia, perimetricidad

ABSTRACT: The following text aims to describe phenomenologically the mode of donation of landscape space and the attentional and atmospheric dynamics it engages. Landscape thus appears to be given in a non-objective way, and its presentation must therefore be clearly distinguished from that of intentionally given objects, as well as from other modes of presentation. In this way, we will focus our analyses, firstly, on an examination of the way in which attention is demanded by landscape, in order to distinguish it from the attention whose pragmatic interest orients us in the world; secondly, we will examine the atmospheric dimension that it brings into play and from which its non-objective, enveloping and perimetric character will be revealed.

KEYWORDS: Landscape Space, Attentional and Atmospheric Dynamics, Prominence, Perimetricity

*Este texto ha sido escrito en el marco de los proyectos Fondecyt Regular N° 1210269 y N° 1240701 del que el autor es investigador responsable.

1. Introducción

En *Phenomenology and Mysticism. The verticality of religious experience*, Anthony Steinbock indica que:

A las esferas de la experiencia y la evidencia que son más robustas que las de los objetos, las llamo donación “vertical”, o “verticalidad”. La sensibilidad a la verticalidad no se logra construyendo una metafísica o aplicando convicciones teológicas o sistemas de creencias éticas a las experiencias, sino adoptando un enfoque fenomenológico de estos diferentes tipos de dación, es decir, evaluando lo que está actuando en la experiencia humana, ampliando así nuestra noción de evidencia. Esta expansión, que se basa en la experiencia, nos abre a las esferas religiosa, moral y ecológica de la existencia, aunque la calidad de estos tipos de experiencias es fundamentalmente diferente de las formas en que se presentan los objetos en la percepción o en los juicios. Dado que las dimensiones religiosa, moral y ecológica están dadas (aunque se dan de forma única), son susceptibles de un pensamiento crítico y filosófico (Steinbock, 2009: 1).

De aquí, quisiera llamar la atención sobre dos asuntos que son importantes para lo que aquí busco pensar, a saber, el espacio del paisaje y su dinámica atencional y atmosférica. En primer lugar, es necesario subrayar que la fenomenología, incluso si ella se ha esforzado en dar cuenta del modo de aparecer de los objetos y sus vistas, a saber, su “presentación”¹, no puede sino esforzarse por ampliar y ensanchar la clarificación de la dación de las cosas mismas que no se reducen a su darse objetivo. En este sentido, la fenomenología, en cuanto se deja

¹ Anthony Steinbock afirma que: “La filosofía, particularmente fenomenológica, estuvo tradicionalmente dominada por un modo particular de donación, a saber, la ‘presentación’. La presentación es la manera como los objetos, o los aspectos de los objetos, son conducidos al aparecer en relación con un sujeto percipiente o cognoscente. En cuanto son dados, adquieren relevancia con respecto a un trasfondo y sus significaciones son determinadas solamente al interior de un ‘contexto’. Además, los objetos que se ‘presentan’ son dados a través de las funciones y actos propios de ese mismo orden de donación, a saber, por la percepción, el movimiento, el pensamiento, la creencia, el recuerdo, la anticipación, etc. En cada caso, el objeto es presentado conjuntamente con el sujeto que percibiendo o pensando organiza el esquema de las presentaciones posibles, en concordancia con los aspectos o con los objetos que ya se han presentado. Si son efectivamente concordantes, hacemos la experiencia de una cosa dada como siendo la misma y que se confirma como tal a través del tiempo; tenemos entonces lo que Husserl llama una percepción normal” (2010: 66).

orientar por las “cosas mismas”, por los “asuntos” que la implican, se mantiene inquieta y movilizada por y hacia ellos, interrogando de modo continuo -y en concordancia con los fenómenos que se quiere conducir a su aparecer- el darse de las cosas y sus modos de clarificación. Es así que fenomenólogos como Levinas, Henry, Romano, Maldiney, Bégout, entre otros, se han abocado a la tarea de dar cuenta de otras formas de presencia que exceden o se distinguen muy enfáticamente de la objetividad intencional, como, por ejemplo, las que ponen en juego el rostro, la vida, el acontecimiento, la atmósfera, fenómenos, en suma, que se dan a la experiencia excediéndola, abrumándola o implicándola de una forma tal que su dación no puede ser la de una presentación de objeto. El examen de estos otros modos de donación o dación de las cosas mismas, conlleva, ciertamente, una ampliación de la razón, “una razón extendida” (Romano, 2010: 14), una razón ensanchada. Dicha ampliación, sin embargo, no apunta necesariamente hacia una razón más fortalecida porque auto-fundante, sino hacia una interrogación crítica -y que se quiere lo más lúcida posible- de una “experiencia y evidencia más robusta que la de los objetos”. Y es que la fenomenología, conforme al principio de los principios, no puede sino “respetar al fenómeno en sí mismo, acogerlo tal como se da en su manera particular de aparecer” (Bégout, 2020: 21). Es así que la experiencia religiosa y su dación vertical o el conocimiento y la evidencia del corazón (Cf. Steinbock, 2022a y 2021)², las emociones morales, requieren una atención fenomenológica adecuada y rigurosa. Mas, también la razón se ensancha como “una razón de gran corazón que rehabilita el mundo sensible como necesario para su existencia” (Romano, 2010: 14).

He aquí entonces que una segunda nota es necesaria. Pues, el tema de este ensayo pretende interrogar la experiencia ecológica -destacada por Steinbock en el texto antes citado-, aunque ciertamente en un sentido restrictivo, pues solo centraré mi atención en el espacio del paisaje y su dinámica atencional. Si algún interés puede tener abocarse a su descripción, radica en el hecho de que el paisaje, ofreciéndose en una primera instancia como una experiencia, si no cotidiana, sí familiar -como cuando tenemos la ocasión de recorrer lugares exuberantes,

² Al respecto, Steinbock indica: “[...] hay otra dimensión de la evidencia y la cognición que es peculiar del corazón, y que tiene su propio modo de crítica [...]. Como ya señaló Pascal, el corazón tiene su propio orden y lenguaje, y el intelecto tiene el suyo propio. De nuevo, no estoy defendiendo la negación de la racionalidad; para vivir más plenamente, necesitamos pensar y pensar críticamente. Pero esto último no debe excluir otra dimensión de la experiencia personal humana, que ha sido excluida en términos de evidencia, y que tiene su propio tipo de conciencia cognitiva o de conocimiento, de discernimiento crítico, y de entrega probatoria; también necesitamos sentir y sentir con discernimiento” (2021: 6).

sublimes, conformados por montañas, lagos, ríos, bosques, etc., y que han sido por lo demás no solo identificados, sino a veces organizados para ser visitados y admirados-, debe ser conducida hacia su dimensión problemática, más acá de la obviedad que nos parece tener, para así, en palabras de Steinbock “describir la formación del significado en su no familiaridad progresiva dada de antemano en nuestra practicidad cotidiana” (Steinbock, 2022a: 45).

Por otro lado, el fenómeno del paisaje moviliza ciertamente una fenomenología de la percepción y de la atención: pues los paisajes, como los del sur de Chile, entre montañas y ríos, volcanes y lagos y bosques frondosos cuyo verde intenso y macizo nos parece, en ocasiones, que nos protegen contra la intensidad gris y húmeda del cielo que amenaza resquebrajarse sobre nuestras cabezas, esos paisajes se recorren al tiempo que se perciben, se atienden y se sienten. No solo se hace la experiencia del paisaje echando un vistazo a lo lejos del terreno que se ofrece a nuestra visión, pues también, en palabras de Balibar:

hay una actividad en el fundamento de la experiencia del paisaje, aquella del movimiento corporal, desde el simple movimiento del cuerpo respecto de sí mismo (mover los ojos, la cabeza, volverse hacia sí, inclinarse) hasta el desplazamiento del cuerpo a través del espacio percibido. El movimiento es, por tanto, una condición de la experiencia del paisaje real, experiencia a la vez estética y práctica (Balibar, 2021: 54).

Toda la cuestión consistirá entonces en intentar clarificar el tipo de percepción, atención y movimiento que el paisaje requiere y suscita. Pero una fenomenología del paisaje también debe prestar atención al fenómeno del ambiente, de la atmósfera, y, por lo tanto, de la afectividad. Los paisajes que recorremos, que atendemos, también se hacen sentir en nuestra carne y nos procuran el sentimiento de ser parte del mundo, de estar hundidos, implicados e inheridos en él. Los paisajes, sea que se recorran, como cuando caminamos por senderos montañosos, o que los apreciamos desde una altura y a lo lejos, se revelan como un medio que ha perdido sus dimensiones y delimitaciones objetivas, para mejor imponerse como una totalidad atmosférica que nos engloba y cuyo modo de donación es preciso interrogar.

Para ello, propongo examinar el fenómeno de la atención, el interés y las resonancias afectivas, para luego avanzar hacia un examen de la dimensión atmosférica y tonal del espacio del paisaje. ¿Por qué avanzar de este modo? Pues, me parece que los análisis que Steinbock hace sobre los relieves afectivos en

Mundo familiar y Mundo ajeno, y que se enmarcan en una discusión sobre la normalización y el terreno, aportan elementos aclaratorios para la dinámica atencional que el espacio del paisaje pone en juego o en crisis. Comencemos, por tanto, examinando la relación entre el relieve afectivo y la prominencia del entorno.

2. Relieve afectivo y prominencia del entorno

El siguiente texto de Denis Diderot me permitirá entrar en lo vivo de la cuestión. Este dice así:

Tenía a mis espaldas una inmensa campiña que sólo había sido anunciada por la costumbre de apreciar las distancias entre los objetos interpuestos. Estos arcos que tenía frente a mí, hace un momento, ahora los tenía bajo mis pies. Bajo estos arcos bajaba un amplio torrente con gran ruido. Sus aguas interrumpidas y aceleradas se precipitaban hacia la playa más profunda del lugar. No podía apartarme de este espectáculo mezclado de placer y miedo. Sin embargo, atravieso esta larga fábrica y me encuentro en la cima de una cadena de montañas paralela a la primera. [...] Camino por la orilla del lago formado por las aguas del torrente, hasta la mitad de la distancia que separa las dos cadenas, miro, veo el puente de madera a una altura y distancia prodigiosa. Desde este puente veo las aguas del torrente detenidas en su curso por terrazas naturales; las veo caer en tantas capas como terrazas hay y formando una maravillosa cascada. [...] Un fuerte ruido me hace mirar a mi izquierda. Es el de una cascada que se escapa de entre las plantas y arbustos que cubren la cima de una roca cercana y que se mezclan al caer con las aguas estancadas del torrente (Diderot, 1995: 159-170)³.

Como se sabe Diderot más que entregarnos una descripción acuciosa de los cuadros de Joseph Vernet -presumiblemente los que corresponden a la serie *Parties de Jour sur Terre*-, ha preferido dar noticias de ellos a través de un relato en el que se imagina paseando por paisajes reales. Mas, lo que aquí me interesa no es el artificio retórico -lo que nos conduciría a otro tipo de discusión-, sino la experiencia del paisaje que aquí nos comunica el autor. En primer lugar, como fácilmente se puede apreciar, el paisaje compromete perceptiva y atencionalmente al paseante que se moviliza maravillado por el terreno al tiempo

³ Este texto recibe también es citado y comentado por Balibar. (2021: 73-101).

que siente el rigor del esfuerzo que demanda recorrer aquellos parajes. En la marcha, así como en las pausas realizadas, el sujeto se orienta con relación al mundo que lo circunda y vive el entorno en su efectividad. Es así que, al decir de Steinbock: “[...] algo es vivido como efectivo (*wirksam erlebt*) cuando una orientación varía con mi vivencia (*Erleben*)” (2022b: 234). Lo que significa que: “Para que mi atención se dirija hacia mi medio o hacia mis ‘objetos-del-medio, para que yo muestre un interés en ellos o para que incluso los perciba, el medio debe estar ya predado como una vivencia que tiene su efectividad sobre mí” (Steinbock, 2022b: 235), y adquiera así una relieve, una prominencia (*Abgehobenheit*) que suscite mi atención y la vuelva hacia él de un modo responsivo. Y es que la atención, tanto como se despliega libremente entre unas cosas y sus aspectos, sacándolas del trasfondo en que se encuentran para conducir-las a un primer plano, focalizándose sobre unos objetos y abandonando otros o dejándolos ensombrecidos en un segundo plano, también es reorientada y reconducida por el propio medio “activo”, “prevalente” y “afectivo” que, predado, “ejerce una ‘fuerza afectiva’ (*affektiver Kraft*)” (Steinbock, 2022b: 235) que moviliza y pone en relación al paseante con tales y cuales aspectos del medio en detrimento, ciertamente, de otros; esto es, se *da*, precisamente, “cuando el *ego* se vuelve hacia el objeto en actitud de interés o de una manera atenta” (Steinbock, 2022b: 237). Aspectos que suscitan y movilizan al sujeto pues se ofrecen como posibilidades prácticas para ser cumplidas en el presente o en el futuro, esto es, que son significadas como *vías* que orientan y llaman a ser cumplidas o recorridas. Pero todo esto indica que la constitución de sentido acontece en las dos direcciones y recíprocamente, pues, por una parte, la atención es suscitada, despertada y reorientada por la fuerza afectiva de las cosas, del medio predado, al tiempo que estas y el medio son aclarados, tematizados y constituidos en su sentido, gracias al movimiento atencional que se dirige, interesa y destaca lo que ahora está efectivamente dado. Es así que la constitución aquí en juego, la constitución primordial, según Steinbock, “no es simplemente la dirección intencional por parte del sujeto, sino que es al mismo tiempo la fuerza afectiva por parte del ‘objeto’ o de la ‘fase del objeto’ que *solicita* al sujeto” (2022b: 237). Este *duo constitutivo* (Moinat, 2010) da cuenta, de este modo, tanto del despertar atencional del sujeto como del ser conducido al claro del aparecer de la cosa, esto es, hacia su objetidad. Por supuesto, la constitución de sentido no vuelve al sujeto presa de la efectividad con la que el medio adquiere un relieve afectivo y prominencia, sino que este puede tanto asumir como rechazar lo que se presenta con la fuerza suficiente como para reorientar su atención y su orientación general. Es así que, en ocasiones, dependiendo de si el paseante se haya más o menos atento a su entorno, se encontrará dispuesto o no a ser sorprendido

por un aspecto de este que se impone repentina y abruptamente a él; es decir, si siempre las cosas se dan conforme a una fuerza y relieve afectivos, estas no golpean sin embargo del mismo modo al sujeto, siendo que a veces lo vuelven violentamente hacia ellas -como en el caso de un ruido estruendoso que nos estremece del todo y nos deja enteramente vueltos hacia aquel-, mientras que en otras ocasiones lo encuentran como acorazado ante su presencia siendo vivida a la manera de una impertinencia que nos vuelve desatentos al verdadero interés de nuestra atención y al que buscamos volvernos lo más rápidamente posible reenfocando nuevamente nuestra atención sobre él. Con todo, el *ego* no puede sino mantenerse abierto ante los relieves afectivos que lo reorientan atencional, epistémica y existencialmente; disposición que conlleva una cierta sumisión ante lo afectante, aunque ello no signifique que renuncie a su poder de constitución (Cf. Steinbock, 2010: 60). Sumisión que *motiva* un volverse-hacia, un movimiento-en-dirección-a, un detenerse-en, y que es ocasión del *interés cognitivo* a partir del cual el objeto es explicitado, tematizado e interrogado en cuanto que objeto que posee un “contenido temático, una quiddidad” (Steinbock, 2010: 61).

Quisiera ahora detenerme en las siguientes consideraciones. En primer lugar, es preciso subrayar el carácter responsivo y requerido de la experiencia. Es así que el paseante se halla requerido por el entorno, lo que significa que la experiencia, ante la solicitud de las cosas, no puede sino discriminar, seleccionar, pero también tender hacia el “máximo de riqueza o el máximo de atención en que el objeto se muestra nítido y diferenciado” (Steinbock, 2022b: 212), esto es, hacia lo óptimo u optimidad, en cuanto viene a enriquecer a la experiencia misma. Así, por ejemplo:

la cresta de una montaña de roca arenisca [...] que tiene un marcado e inclinado risco en vertical, con pequeñas estrías horizontales, huecos en la parte inferior de delante, agujeros picados, cavidades erosionadas y salientes cada pocos centímetros de distancia, de esa roca -dice Steinbock- yo tengo una experiencia como óptima o “completa” cuando la contemplo en tanto que escalador (Steinbock, 2022b: 213).

El escalador, en este caso, junto con hacer el encuentro de la roca misma, se deja orientar proyectivamente por ella, como si esta lo eyectara ofreciéndole posibles prácticos para ser recorridos o apropiados; y, entonces, la relación que establece con la roca y su presencia organiza sus percepciones, anticipa o proyecta sus acciones o le provee un sentido práctico a su acción conforme al contexto en el que se da el encuentro entre el escalador y la roca: dónde poner la mano,

con cuánta fuerza afirmarse de la roca, hacia que otro sector debe impulsarse para sostenerse ahora de otra roca o relieve de la montaña, etc. Y es claro que el paseante, quien atraviesa un paisaje montañoso, quien se ve obligado, por ejemplo, a tener que escalar un pequeño risco, avanza y hace una experiencia de las cosas y del entorno tendiente siempre hacia la optimidad. Así también quien contempla desde lo alto y a lo lejos un paisaje conformado por lagos y volcanes, ciertamente aquel también tiende hacia lo óptimo y, por consiguiente, hacia lo mejor, por ejemplo, hacia la mayor claridad y delimitación posible de los objetos vistos a lo lejos o que se aproximan a tal cual o distancia. Todo ello se da y requiere al sujeto, y enfatiza la dimensión responsiva de la experiencia, en el modo cómo este se deja o no orientar por el encuentro que hace de las cosas y del entorno.

3. Distancia, envolvimiento y dimensión no objetiva del paisaje

La situación descrita en el párrafo anterior corresponde a una experiencia normal y discriminadora, esto es, capaz de seleccionar y de aceptar o de rechazar los modos como las cosas y el entorno, el terreno, requiere al sujeto. Y, es muy cierto que quien se apronta a escalar una montaña o a recorrer los lagos que hay a los pies de los volcanes de la Araucanía responde a los relieves afectivos y a la prominencia con la que las cosas se dan a la experiencia y así se constituyen en su sentido. Mas, cabe todavía preguntarse si es este tipo de orientación aquel que permite una mejor comprensión de lo que es el espacio del paisaje. Para ello, el siguiente texto de François Jullien, quien se interroga sobre la diferencia entre la *vista* -como cuando se dice que tal vista del lugar es espléndida- y el paisaje, puede aportarnos algunos elementos para mejor examinar esta experiencia:

Hay vista (*vue*) porque hay objeto posible. “Ob”- “jeto”: de “arrojado” ahí- “adelante”, que bloquea la vista y retiene prioritariamente la atención, por lo que no puedo sino mirar (*regarder*). Mi vista se activa entonces, frente a él, en su facultad de escrutar. Todo el resto lo rodea, lo bordea, no es más que una decoración. Hay “vista” porque hay focalización. Mi mirada se involucra y se fija, admirativa, inventariando y detectando en él cada vez más perfección. Pero, para que haya paisaje -indica Jullien- es necesario que nada se imponga hegemonícamente y que no pueda acaparar la mirada. [...] No hay por consiguiente paisaje más que si hay desconcentración -una

desfijación- de la mirada y que aquella se ponga a circular. Es preciso que la mirada pasee para que el paisaje aparezca (Jullien, 2014: 36).

Así, según Jullien, el espacio del paisaje aparece, se muestra solo cuando la mirada, la atención, se mantiene, por así decirlo, de pie frente a la fuerza afectiva y la prominencia con la que las cosas y el entorno se hacen presentes. Si esta es *suscitada* por la presencia masiva de las montañas o por la cadencia del ruido de un río tumultuoso, no es, sin embargo, arrebatada por el *destacarse* de las cosas mismas. O si se quiere, el espacio del paisaje se dona, se muestra, cuando se hace la experiencia de una *distancia*, que no siendo geográfica ni métrica, es vivida como el modo de presentación del entorno. Nada en particular fija la atención del paseante, salvo el hecho de que las cosas ahora se dan, en cierto modo, fuera de alcance o sin que sus aspectos la delimiten con claridad ni tampoco inviten a destacarlos. Si se quiere, es el entorno, el territorio mismo, el que, en su totalidad se vuelve prominente, pero, sin que aquello implique una tendencia hacia la optimidad en su sentido práctico. He aquí que la distancia adquiere diversos niveles de profundidad. Esto, pues el espacio del paisaje, que se presta para ser recorrido o para abrazarlo con la mirada que lo capta a lo lejos, no orienta al excursionista ofreciéndole posibles prácticos vividos como trayectorias diversas en las que comprometerse, en el sentido atencional, pero también corporal, cinestésico, etc. Se puede recordar el ejemplo de la roca ofrecido por Steinbock. Por el contrario, el espacio del paisaje se impone en el paseante o en el espectador sustrayendo el sentido orientativo de las cosas. O, para decirlo de otro modo, no es claro que el andinista, precisamente porque está hundido en la aventura de su ascenso, muy atento a las herramientas que le permiten escalar la montaña y al examen de los relieves y los salientes del macizo para así encontrar los mejores sitios para afirmarse y apoyarse de modo seguro, haga, en dicho instante, la experiencia del paisaje. Ciertamente, la montaña se le dona vívidamente como trayecto y como obstáculo, y lo requiere atencional y corporalmente de un modo extremo, pero, este tipo de experiencia, que conlleva una estar y mantenerse muy focalizado en... no corresponde necesariamente a la del espacio del paisaje.

Este, por el contrario, pone en suspenso la tendencia hacia lo óptimo, tanto en términos atencionales como prácticos. Es así que en el espacio del paisaje, incluso cuando tenemos las cosas como encima nuestro, como imponiéndose pesadamente a nuestra experiencia, estas siempre se dan conforme a una distancia que no permite relevarlas en sus particularidades y en sus vistas. De este modo, las cosas se dan a distancia, no porque estén lejos de nosotros, sino porque, por un lado, no nos arrebatan, al menos no en el sentido de que demanden una

hiperfocalización en ellas, y, por otro lado, porque, sustraídas de su sentido pragmático no nos llaman a volcar sobre ellas un interés teórico, cognoscitivo, práctico o temático. Pero eso no significa que el espacio del paisaje no requiera al sujeto, sino más bien que demanda una atención de otro tipo: antes que focalizada, llevando de la latencia a la patencia a la cosa que en su fuerza afectiva reorienta al sujeto y, de este modo, se da y se constituye en su sentido objetivo, el paisaje pone en juego una atención no objetivante (Grout, 2004: 77 y ss.), esto es, que no busca delimitar, ni tampoco dar con la claridad de la distinción. En palabras de Catherine Grout: “Si no hay distinción ni incluso indistinción en lo visible, es porque ya no miramos algo, porque ya no somos sujetos que objetivan el mundo. Ya no tenemos vínculos porque no fijamos objetos. Ya no buscamos captarlos” (2004: 84). Lo que me importa de esto dicho por Grout es precisamente el hecho de que la atención comprometida por el paisaje no es objetivante porque, de algún modo, este -el paisaje-, su espacio, sin dejar de ser un entorno, es primeramente un momento-de-mundo, una presencia cuya prominencia afectiva suspende los intereses del sujeto y por los que este se relaciona con su medio. O si se quiere, ahora en palabras de Henri Maldiney: “El espacio del paisaje es el espacio de un mundo lleno de sí mismo antes de que haya cosas” (Maldiney, 2012: 26). Esto es, el espacio del paisaje, a diferencia del espacio por y en el que nos orientamos, como en el caso del escalador o del paseante, no nos atrae o ejerce una fuerza afectiva por la que atencionalmente constituir el mundo a través de nuestro estar orientado perceptivo. Por el contrario, la experiencia que este alumbraba -el espacio del paisaje-, sin dejar de ser atencional, por cierto, es más próxima a la del vértigo, según la cual, perdemos pie y quedamos desorientados, extraviados y perdidos en medio de, pero que no es un “en medio de las cosas”, unas al lado de otras, sino una experiencia de pérdida radical de toda referencia. Por ello, el espacio del paisaje no puede darse como una mera “vista”, la que requiere de algún modo la claridad del detalle o de los relieves más sobresalientes de lo que ahí enfrente se está mostrando. Y esto porque el paisaje no se tiene enfrente, como un objeto, sino que se es en él, se queda hundido en su espacio, precisamente, en un “mundo lleno de sí mismo”. Mas, he aquí dos cuestiones relevantes: primero, el hecho de que, si hay un optimismo en juego, esta ahonda y profundiza la experiencia humana en cuanto tiende más bien hacia la comunicación con el mundo, esto es, a sentir lo alrededor en su carácter envolvente; segundo, este estar envuelto, perdido, que conlleva cierta experiencia de vértigo y desorientación, pone en juego, a su vez, una distancia singular.

Pero, ¿cómo entender la relación entre la distancia y la dimensión envolvente del paisaje, esto es, de su ambiente? Tomemos aun lo que el texto de Jullien

releva, a saber, el hecho de que el paisaje requiere una mirada más bien abierta y dispuesta, antes que una focalizada y fascinada por el detalle de las cosas mismas. Pues, hay una distancia allí que no es geográfica ni métrica, sino que tiene que ver con la falta de compromiso de la mirada, de la atención, con respecto a la clarificación de lo que se muestra o se da en una vista. La atención, si se quiere, se inhibe de arrimarse a la cosa y sus detalles, pero, con ello, lo que gana es *proximidad*, no a esta o aquella otra cosa en particular, sino a la presencia de aquel entorno que se hace sentir en nuestras carnes como una presencia originaria o desnuda que nos envuelve y sin que ello pida de nuestra parte ningún interés cognoscitivo o epistémico. Así, por ejemplo, Merleau-Ponty, al comienzo de *Phénoménologie de la perception*, dice que: “Volver a las cosas mismas es volver a ese mundo antes del conocimiento del que el conocimiento habla siempre y respecto del cual toda determinación científica es abstracta, signitiva y dependiente, como la geografía respecto del *paisaje*, en el que hemos aprendido lo que es un bosque, una pradera o un río” (Merleau-Ponty, 1945: III). Aprender lo que es un bosque, una pradera o un río no es conocerlos como objetos, sino hacer su encuentro (Collot, 2011: 26 y ss.), *i.e.*, ser envuelto por su presencia masiva e *immersiva*, pero, a la vez, perimetral, y que es lo propio de la dación atmosférica del paisaje. Al respecto Bruce Bégout indica lo siguiente:

[...] la experiencia no consiste solamente en un cara-a-cara solitario entre un sujeto y un objeto, sino que designa en primer lugar una situación original que reenvía a lo que Husserl llama *Umgebung*, literalmente una peridonación o donación del perímetro. Una filosofía de la *Umgebung* no puede simplemente sostener la idea de que las cosas están siempre rodeadas por otras cosas, que esas cosas reenvían a otras cosas, ella debe cruzar al contrario en dirección de la dimensión no cosal del entorno mismo que, si forma la tela de fondo de toda aparición de la cosa, no aparece como una cosa. Lo dado, no siempre son los datos ni aún menos los sense-data; lo dado es el conjunto de la experiencia que se manifiesta como totalidad tonal. [...] lo que nos rodea posee una fenomenalidad irreductible a las cosas y a sus modos de donación (2020: 38-39).

Con todo, si el espacio del paisaje solicita una mirada abierta y dispuesta a una totalidad que no pide ser aclarada en sus aspectos, que no compromete un interés temático que interrogue lo visto, que no pone al sujeto frente a un objeto, es porque lo que está en juego aquí es un tipo de presencia que no es la de la presentación de una objetividad, sino la de una totalidad tonal que envuelve al sujeto y lo sumerge en aquella. Así, si el paseante se halla eyectado hacia las

cosas, movilizado por intereses prácticos y posibilidades capaces de orientarlo, el sujeto del paisaje se encuentra más bien inmerso en un medio que en su presentación ofusca todo intento de captación intencional. La distancia con la cosa y sus aspectos, con el entorno y sus vistas, es la ocasión para la *inmersión* en el espacio del paisaje. Este último se hace presente como una totalidad cuya expresividad no se asienta en las particularidades, sino en la experiencia de un todo que, desde todas partes, se impone y se manifiesta y comunica con quien hace su experiencia. Al respecto, Bruce Bégout indica que:

Cuando captamos una expresión en un rostro o en un paisaje, a fortiori la de un ambiente, tendríamos ganas de agregar que nosotros no podemos habitualmente describir los detalles que lo engendran. Se puede, en rigor evocar un cierto elemento que nos parece más importante que los otros, pero nunca, en verdad, una descripción física de la fisionomía de una cosa puede explicar su carácter fisionómico. Eso significa que previamente a toda objetivación, la expresión aparece como una totalidad perceptiva única e independiente que reclama por ella misma una visión sinóptica particular. La expresión no parece depender ni de los elementos que lo componen ni de un agente productor. [...] El carácter, a saber, el contenido expresivo, es la manifestación inmediata de la fuerza inherente al fenómeno, del juego de tensiones que lo constituyen (entre lo abierto y lo cerrado, lo pleno y lo vacío, lo rápido y lo lento, etc.) (2020: 235-236).

El sujeto que pasea por los paisajes que se le ofrecen a la vista y que se dejan recorrer, comunica entonces con el paisaje. Aquel se hace sentir y pone en tensión el carácter yecto e inmersivo del paseante. Ahora queda en medio de..., siendo entonces que sus intereses dejan de orientarlo. Y es que el interés gana en profundidad al perder su sentido pragmático y cognoscitivo. El sujeto queda, entonces, verdaderamente en medio del entorno, lo que, en palabras de E. Straus, no es, sino que queda *perdido*, sin referencias, sin signos, sin salida, es decir, queda sumergido en la atmósfera del paisaje que se distiende expresivamente y alcanza un relieve afectivo que enriquece la experiencia antes de que esta se deje orientar en el mundo.

Conclusiones

Hasta aquí, he intentado mostrar las diferencias del compromiso atencional que el *ego* mantiene con el entorno, el terreno, en situaciones tales como escalar una montaña y el paisaje. Por supuesto, hemos comenzado indicando que este último -el paisaje- no solo es el territorio que se deja ver a lo lejos y desde lo alto de un modo sinóptico, sino que también puede ser recorrido, explorado in situ. Es así que los análisis de Steinbock en torno a las resonancias afectivas, la prominencia de las cosas, la efectividad del entorno, etc., aportan luces respecto de una experiencia orientada que tiende hacia lo óptimo, en cuanto “principio de selección de posibilidades prácticas” (Steinbock, 2022b: 231). Aquellos análisis nos permiten comprender de modo lúcido la experiencia de estar o habitar un territorio, de conducirse y orientarse en él en conformidad a lo óptimo, esto es, a lo que es “relevante para el comportamiento” (Steinbock, 2022b: 231), para la relación responsiva, se podría decir, entre una acción y su contexto de despliegue. Y entonces, la travesía del excursionista o del escalador de una montaña puede ser interrogada en su compromiso atencional y práctico, toda vez que lo que está siendo cuestionado son las estructuras mismas de la orientación humana. Orientación, puesto que el sujeto se halla, ante las resonancias afectivas de las cosas, pero también respondiente de aquellas, expuesto a ser convertido hacia ellas, a ser vuelto en dirección hacia estas, sin que, como ya lo he indicado, aquello signifique un abandono del poder de constitución de sentido. Es así, por ejemplo, que Bruce Bégout, indica que:

la intencionalidad afectiva no significa solamente que la afeción despierte en el yo una intención pasiva dirigida hacia lo afectante, sino que la afeción misma es ante todo conversión del ego, una intención que posee en ello el carácter de “estar-dirigido-hacia” (*das Gerichtetsein*) (Bégout, 2000: 174).

Pero esta conversión del ego hacia las cosas no es sino una toma de interés hacia estas: interés práctico, cognoscitivo, epistémico, etc. Así, el escalador, que diríamos en una primera instancia, escala un paisaje o está en medio de uno, tiene una experiencia discriminadora, selectiva, y tendiente a la optimidad, en cuanto los riscos, los salientes del macizo toman una forma prominente “como siendo especialmente incentivadoras para la acción” (Steinbock, 2022b: 231). He aquí, entonces, a mi juicio, la diferencia que hay entre habitar el entorno y el espacio del paisaje. Pues, lo que he intentado mostrar, aunque muy brevemente, es que este último no pone en suspenso o entre paréntesis el carácter orientado

del paseante o del sujeto del paisaje. Este también se da de un modo prominente, y podríamos decir que también pone en juego una tendencia hacia lo óptimo, pues esto último queda liberado de tener que dar sentido o significación al comportamiento humano. El espacio del paisaje surge en el seno de la experiencia del entorno, del terreno, pero no se deja identificar con el espacio geográfico, ni tampoco con los intereses a partir de los cuales el sujeto se orienta. No significa ello que no haya un compromiso atencional, ni que el ego no se encuentre convertido hacia el espacio que ahora se impone y se hace sentir y apreciar. Pero, sí implica una modificación en el despliegue atencional, pues la atención queda liberada de los intereses a partir de los cuales las cosas se presentan como objetividades, como útiles o como trayectorias -como en el caso de la roca-, es decir, que nos abren posibilidades prácticas óptimas para la ejecución o el desarrollo de tales o cuales comportamientos. El espacio del paisaje pone en suspenso, entre paréntesis, los intereses del sujeto, pero, con ello, este último queda ahora situado, *inter-esse*, de un modo pretemático, preobjetivo, para así entrar en comunicación con el espacio que, dándose, no apela a una exploración de sus aspectos, sino de sus intensidades, de sus tensiones, de sus profundidades, y de los modos de ser parte de, de ser inherido en dicho espacio sin que tal inherencia implique una orientación a partir de la cual moverse, comportarse, actuar, etc. Y se podrá objetar, pero el paisaje se presta a la contemplación que, ciertamente, es un modo práctico, pragmático, de orientarse en el mundo. Mas, tal vez los paisajes, siendo percibidos, atendidos y, en efecto, contemplados, abren un espacio de comunicación afectiva entre el sujeto y el espacio del paisaje. Es así que, cuando E. Straus indica que la experiencia de la pérdida, del estar perdido en medio de, es lo propio de la del paisaje, con ello quiere indicar, a mi juicio, que cuando el sujeto se despierta y es despertado al paisaje lo hace sin ropaje alguno, sin que esté en obra, que esté actuando, en el seno de nuestra experiencia, ningún interés orientativo, pues, hacer el encuentro del paisaje es descubrir la significancia de las cosas, del entorno, del lugar, sin que esta tenga ni deba concretarse en ningún significado, incluso, si el terreno, en cuanto espacio o medio familiar, se haya a la base o es el fondo de la experiencia del paisaje. Por supuesto, todo paisaje surge en un entorno que tiene su densidad genética. Mas, el primero no debe confundirse con el terreno, pues surge como una puesta entre paréntesis de su densidad genética. En este sentido, me parece que el espacio del paisaje, que no es uno orientado ni que llame o requiera orientación alguna, es también uno liminar, pues pone en tensión tanto la familiaridad con el entorno como una extrañeza de fondo. Así, cuando se encuentra un paisaje, y cuando este encuentra al sujeto imponiéndosele y adquiriendo una prominencia tonal y perimétrica, este no deja de apreciar los árboles, ni las praderas, ni los ríos, ni los lagos, pues estos

aún se manifiestan como tales, y es por lo cual se puede decir que se estaba ante un paisaje campestre, volcánico, montañoso, marino, etc. Y, entonces, hay una familiaridad que aun da coherencia y concordancia a la experiencia, e incluso, densidad. Pero, ¿es allí que recae o que da cuenta la experiencia del paisaje? Por todo lo dicho anteriormente, habría que decir que no, lo que no implica, sin embargo, reconocer que la experiencia es ciertamente una normal, coherente, concordante, etc. Pero, al mismo tiempo, el paisaje conlleva el encuentro de cierta extrañeza, aunque no necesariamente de un mundo ajeno. Así, por ejemplo, si en el paisaje aun veo montañas y puedo apreciar caminos o senderos que pueden ser recorridos, no es ese aspecto visible de la montaña lo que opera la conversión del sujeto, la que, todavía dependería de la optimidad en su dimensión pragmática; por el contrario, lo que constituye la experiencia del paisaje es el modo como el sujeto es envuelto y remitido a la expresividad del entorno; así, no es el sendero como tal lo que adquiere relieve, sino experiencias y resonancias afectivas como la profundidad del espacio, lo invisible que promete la estructura de horizonte, o maneras de quedar embargados por el ritmo y las tensiones que expresan la montaña con su altura y solidez y las aguas de los ríos que caen y fluyen y que sin formas forman el espacio a su alrededor. Esas tensiones vividas, pero cuyo modo de manifestarse tiene a la base una proximidad -la de sentirse hundido, envuelto por el espacio del paisaje- que tiene su motivo en la distancia, es decir, en el hecho de que las cosas, los entornos que constituyen los paisajes que se nos imponen, ponen en tensión la familiaridad con la que habitualmente las apreciamos. Vemos árboles, volcanes, ríos y lagos, pero, a pesar de ello, no somos en último instancia remitidos a ellos mismos, sino a un allende, a un más allá de su presentación, a saber, a su expresividad tonal, envolvente y perimétrica. El espacio del paisaje pone en suspenso al territorio, su familiaridad y densidad genética, aunque se da en el seno de este. El espacio del paisaje suspende también al sujeto y los modos que este tiene de orientarse; quien experiencia un paisaje no puede sino hallarse perdido en el entorno, pues ha perdido toda referencia a partir de la que orientarse. Y, entonces, el paisaje pone en tensión la familiaridad con el entorno y la extrañeza de un estar perdido pero hundido en un espacio que, podríamos decir, es liminar.

Bibliografía

- BALIBAR, J. (2021) *Qu'est-ce qu'un paysage*. Paris: Vrin.
- BÉGOUT, B. (2000). *La généalogie de la logique. Husserl et l'antéprédicatif et le catégoriel*. Paris: Vrin.
- BÉGOUT, B. (2020). *Le concept d'ambiance*. Paris: Seuil.
- COLLOT, M. (2011). *La Pensée-paysage*. Paris: Actes Sud / ENSP.
- DIDEROT, D. (1995). *Ruines et paysages. Salon de 1767*, vol. III. Paris: Hermann.
- GROUT, C. (2004). *L'émotion du paysage. Ouverture et devastation. Bruxelles: La Lettre volée*.
- JULLIEN, F. (2014). *Vivre de paysage. Entre les montagnes et les eaux*. Paris: Folio essais.
- MALDINEY, H. (2012). *L'art, l'éclair de l'être*. Paris: Cerf.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- MOINAT, F. (2010). "Phénoménologie de l'attention aliénée: Edmund Husserl, Bernhard Waldenfels, Simone Weil". *Alter. Revue de phénoménologie* 18 (2010).
- ROMANO, C. (2010). *Au cœur de la raison: la phénoménologie*. Paris: Gallimard.
- STEINBOCK, A. (2021). *Knowing by Heart. Loving as Participation and Critique*. Illinois: Northwestern University Press.
- STEINBOCK, A. (2010). "Exemplarité, émotions et attention", *Alter. Revue de phénoménologie*, N° 18.
- STEINBOCK, A. (2022). *Emociones morales. El clamor de la evidencia desde el corazón*. Barcelona: Herder.
- STEINBOCK, A. (2009). *Phenomenology and Mysticism. The verticality of religious experience*. Indiana: Indiana University Press.

Recibido 28-05-2024

Aceptado 23-07-2024